

ominoso patíbulo (1). ¿Y tú ¡oh Jesús amoroso! te quieres dar á este mundo ingratisimo en cuerpo, en alma, en divinidad, con tu carne deificada, en perpetua memoria de tu Pasión y en prenda perpetua de eterna gloria?

¡Oh amabilísimo corazón de Jesús! ¿En qué piensas, Señor? ¿Qué vas á hacer? ¿No prevés las injurias que por muchos hombres criminales te serán hechas en el Santísimo Sacramento, sin reconocer siquiera que éste es el sumo don, y el sumo amor, y el sumo beneficio que Dios, en su omnipotencia, les puede hacer? ¿No sabes que se levantarán, como salidos del averno, multitud de herejes que te perseguirán sacramentado y que te llenarán de oprobios, blasfemias y contumelias? ¿Quieres, por ventura, dar lo santo á los perros?

**11.** Es verdad—parece decirnos el corazón de Jesús;—todo esto lo sé, y aun muchísimo más que harán en los tiempos venideros los protestantes y masones; sin embargo, mi amor á los hombres todo lo vence, todo lo soporta, todo estoy dispuesto á sufrir por salvarlos; quiero quedarme con ellos y deificarlos cuanto es posible en el Sacramento de mi amor; sólo exijo que se arrepientan. Y vosotros, sacerdotes míos, haced esto en memoria de mi Pasión. *Hoc facite in meam commemorationem.*

He aquí, cristianos, cual fué la causa principal que impulsó á Jesucristo cuando instituyó la santísima Eucaristía. *El amor que ardía en su corazón. Amor á su Padre celestial; amor á su humanidad sacrosanta; amor á su Iglesia; amor á los hombres todos.* Consideremos, aunque sea brevemente, estos santos amores.

**12.** AMOR Á DIOS PADRE.—El amor que ardía en el corazón de Jesús *para con su Padre celestial* le llevó á desear con vehemencia la continuación de su vida de Dios-Hombre sobre la tierra; ya para rendirle los homenajes de adoración y de respeto que merecían su infinita grandeza, su infinito poder y sus perfecciones infinitas; porque los hombres no podían, y algunos no querían realizar este acto de justicia para con el Hacedor divino, y todo lo suplió con creces Jesús sacramentado.

Ya para amarle, bendecirle y darle gracias como lo había hecho durante su vida mortal, y como deben hacerlo todos los hombres del universo; y puesto que nosotros no siempre lo hacemos con la continuidad, fervor y diligencia que es debido, por eso se quedó en la Eucaristía, y lo suplió con creces Jesús sacramentado.

(1) Morte turpissima condemnemus eum. (Sap., II, 20.)

Ya para humillarse profundamente ante la Majestad de su Eterno Padre y reconocerle, en nombre de todas las criaturas, por el único Santo, el único Excelso, el único Bueno; obligación que muchos hombres no cumplen, y que fué y es suplida con creces por Jesús sacramentado.

Ya para reparar con sus homenajes, con sus adoraciones y con sus humillaciones continuas los olvidos, los ultrajes, las blasfemias y las ingratitudes de todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, pues á todo se extiende la Víctima eucarística y todo lo suple con creces Jesús sacramentado.

Dios merece de justicia gloria infinita, amor infinito, adoración y gratitud infinitas, y esto por todos los siglos; y como el hombre en su pequeñez no puede hacerlo, el corazón de Jesús satisfizo esta necesidad, porque todo lo suple con creces Jesús sacramentado.

**13.** AMOR Á SU HUMANIDAD SACROSANTA.—Por otra parte, justo y necesario es que la humanidad sacratísima de Jesús sea exaltada por cima de todas las criaturas humanas, puesto que ella, durante la Pasión, había sufrido las humillaciones más profundas y los dolores más acerbos. Justo es que el corazón y el cuerpo sacratísimo de Jesús aparezcan siempre en el mundo elevados á un orden enteramente divino, con una especie de inmensidad propia de Dios, y multiplicando su gloria tantas veces cuantas se reproduce en nuestros altares por las palabras de la consagración. Justo es que la carne divina del Redentor sea continua y profundamente adorada de los hombres á quienes salvó, á quienes mereció la gracia y la gloria, á quienes dió la vida sobrenatural para el cielo, y que todos acumulemos en torno suyo todo cuanto haya en la tierra más rico, más hermoso, más refulgente, para darle esplendor á su culto é indicar de este modo su excelencia soberana. Justo es que los ángeles del cielo y los querubines y serafines reconozcan y adoren la humanidad de Jesús en la tierra, puesto que ellos pueden, con más perfección que el hombre, rendirle los homenajes más propios y más dignos de su santidad infinita.

**14.** AMOR Á LA IGLESIA.—Demás de esto, el amor de Jesucristo á su esposa la Iglesia fué poderoso incentivo para que ardiera en deseos de instituir la sagrada Eucaristía. Si los esposos de la tierra, que al fin no son más que figura de los desposorios divinos de Jesús con la Iglesia, no quieren separarse un punto, teniendo complacencia en ayudarse mutuamente en todas sus necesidades, ¿cuánto más desearía esto el corazón de Jesús, amor infinito, cen-

tro de los castos amores, que vivía sólo para fundar su Iglesia como continuación de su obra santificadora sobre la tierra? Él quiso quedarse en la Eucaristía, como un esposo en su tálamo, para proteger á la Esposa de su corazón en todas sus luchas contra la impiedad, para dirigirla en todas sus acciones públicas y privadas, para aconsejarla en los casos dudosos, para fortalecerla en los tiempos de prueba y para glorificarla en todas las ocasiones y que las puertas del infierno jamás prevalezcan contra ella.

**15.** AMOR Á LOS HOMBRES.—Y comoquiera que la Iglesia no es otra cosa que *la congregación de los fieles cristianos, regida por Cristo y el Papa su Vicario*, síguese, por ineludible consecuencia, que Jesús instituyó el Santísimo Sacramento por amor á los mismos hombres.

Quiso quedarse presente en la sagrada Eucaristía para enardecerlos con su presencia y animarlos á combatir contra el enemigo de las almas y contra las propias pasiones.

Quiso estar siempre con nosotros para excitarnos á realizar actos de fe, de esperanza, de amor y de adoración á su augusta y divina Persona.

Quiso hallarse de continuo en nuestros altares para ofrecerse sin cesar á su Eterno Padre en expiación de nuestros pecados, y para obligarnos á recibirle sacramentado y que nuestros corazones sean cada vez más humildes, más puros y más santos.

Quiso incorporarse á nosotros, ó mejor dicho, incorporarnos á Él á fin de que nuestra substancia humana sea como una sola cosa con la suya divina, y que vivamos en Él, de Él y para Él, divinizados en la tierra, cuanto lo consiente nuestra pobre naturaleza.

Quiso atestiguarlos claramente su amor, dándonos, como en prueba de su afecto, su cuerpo en alimento, agotando así todas las riquezas de su misericordia y toda la extensión de su poder, superando de este modo todos los deseos y todas las aspiraciones de nuestro corazón.

Quiso que toda su adorable Persona estuviera siempre á nuestra disposición, para que con la frecuencia que deseemos podamos visitarle, adorarle, exponerle nuestras necesidades, dirigirle nuestras súplicas y recibirle en nuestra alma para fortalecerla y endiosarla.

Quiso que por las frecuentes visitas y asistencia al santo sacrificio de la Misa consideremos diariamente su sangre derramada por nosotros, y que por este medio llevemos siempre fijo en el corazón á Aquel que por nosotros fué una vez fijo en la cruz.

Quiso que los cristianos todos comprendamos bien la intensidad del amor que atesora para nosotros en su corazón divino, al ver que voluntariamente sufre en el Santísimo Sacramento las irreverencias, las indignidades y las blasfemias de los impíos, como también el olvido, la indiferencia y la tibieza de las almas que debían serle más fieles y más fervorosas en su presencia.

Quiso, finalmente, procurarnos toda suerte de bienes, ya por la paz que en el Sacramento da á nuestro espíritu, ya por la fortaleza que comunica á nuestra voluntad, ya por la esperanza que infunde en nuestro corazón. ¡Oh corazón de Jesús, cuánto nos amas!

**16.** Todo lo cual se halla compendiado por nuestra Madre la Iglesia en aquellas palabras que canta diariamente: O SACRUM CONVIVIVUM! *¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe á Cristo, se renueva la memoria de su Pasión, el alma es llenada de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura!*

Tales fueron los principales motivos que impulsaron al corazón sacratísimo de Jesús á instituir la divina Eucaristía; y para que en los siglos por venir ningún hombre sea osado á ponerlo en duda, habla el Espíritu Santo por los Padres del Concilio Tridentino y dice: *Estando nuestro Salvador para partir de este mundo al Padre, instituyó este Sacramento, en el cual como que echó el resto de las riquezas de su divino amor para con los hombres, dejándonos un monumento de sus maravillas... un recuerdo de su pasión... un manjar espiritual con que se alimenten y conforten nuestras almas..., un antídoto que nos libre de culpas... una prenda de nuestra futura gloria... un vínculo de unión con su sagrada Persona, mediante la fe, la esperanza y la caridad..., y para que todos los cristianos vivamos juntos en estrecha y perfecta unión.* (Trid., sess. 13, c. 2, y en el decreto que precede.)

**17.** Queda, pues, á grandes rasgos trazado el hecho histórico de la institución de la sagrada Eucaristía, y los motivos principales que movieron al corazón de Jesús á instituirlo; y ahora para terminar, sacaremos una consecuencia lógica que prueba con toda claridad la real presencia de Jesucristo en el Sacramento eucarístico.

Jesucristo, según lo dicho, quiso dejar á la Iglesia que vino á fundar, y á sus Apóstoles, que habian de ser los sostenedores y continuadores de su obra, y á todos los fieles que constituyó en miembros de su cuerpo místico, *una prenda irrecusable de su amor*; quiso mostrarles *que los amó hasta el extremo*, por fina y muy especial manera. Por consiguiente, dicha prenda, dejada á ellos, debía por necesidad ser *digna de su amor infinito*, del amor de un Dios que es *infinitamente bueno, infinitamente amable é infinitamente poderoso*. Y

puesto que por prueba de este amor les dió un poco de pan, diciendo: ESTE ES MI CUERPO, y un poco de vino, añadiendo: ESTA ES MI SANGRE, no pudo por menos de ser realmente *su sangre y su cuerpo*; porque es absurdo y repugnante, que un poco de pan y de vino que nada valen, hubiese de responder y asegurar el amor infinito del corazón sacratísimo de Jesús.—¿Se dirá que Jesucristo en sus riquezas infinitas tuvo más que dar?—No. ¿Se dirá que tuvo y no supo dar?—Tampoco. ¿Se dirá que teniendo y sabiendo no quiso ser más dadivoso?—Mucho menos, porque esto repugna con su bondad infinita. Luego si *tuvo, pudo, supo y quiso, lo hizo*, y en la sagrada Eucaristía *se contienen realmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor*. Pero esto lo probaremos con más extensión en el capítulo siguiente:

## CAPÍTULO XV

### Pruébese la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

1. Dios se ha mostrado muchas veces á los hombres en forma de fuego.—2. ¿Por qué?—3. Razón de este capítulo.

**D**IOS nuestro Señor, infinito en misericordia, se ha dignado muchas veces aparecerse á los hombres rodeado de brillantes resplandores. En el Sináí, queriendo promulgar su divina Ley, se dejó ver en carroza ignea, mostrando su majestad y su gloria al pueblo de Israel. (Exodo, XIX, 18.)

El profeta Daniel vió al Señor como un anciano de días, sentado en trono de fuego, con ruedas encendidas, y río impetuoso de llamas salía ante su faz. (Daniel, VII, 9.)

A los tres jóvenes en el horno de Babilonia se les apareció el Señor en medio del abrasador elemento; y cuando en el desierto sirvió de guía al pueblo escogido, hizolo en columna de fuego. (Dan., III, 92, y Exodo, XIV, 24.)

Estando Moisés apacentando las ovejas de Jethro, subió al monte Horeb, y oyó la voz del Señor saliendo de una zarza, la cual ardía y no se quemaba.

2. ¿Por qué—se dirá—quiso el Señor Dios mostrarse á los hombres en forma de fuego, con preferencia á ningún otro elemento?—Es—responden los sagrados expositores—porque el fuego es simbolo del amor, y Dios es amor por esencia. Por eso el Espíritu Santo quiso también descender sobre los Apóstoles en llamas encendidas; por eso Jesucristo dejó ver su Corazón divino á la Beata Margarita María de Alacoque, ardiendo en su parte superior; y por eso el mismo Jesús alienta á sus discípulos diciéndoles: *Fuego he venido á traer al mundo, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?* (Lucas, XII, 49.) «¡Oh hombres!—parece decirnos el Salvador divino;—mi corazón os ama entrañablemente, infinitamente, eternamente. *Por amor* vuestro descendí del cielo y me anonadé en la tierra; *por*